



El simbolismo sufí de la perla

N. Scott Johnson

*Fuera del océano, como nube de lluvia, ven y viaja,
pues si no viajas nunca llegarás a ser perla.*

—'Attār



Desde tiempos antiguos la perla ha sido un símbolo religioso importante; su origen misterioso y la bella perfección de su forma han hecho de ella un emblema poderoso de la perfección interna, de la vida regenerativa y del fruto de la búsqueda mística.¹ La perla ha sido durante mucho tiempo un símbolo profundo para los poetas persas sufíes —los sufíes se refieren al arte mismo de la poesía como «la sarta de perlas». Como ocurre con el simbolismo del vino, del rostro del Amado, y con otros importantes símbolos sufíes, los poetas sufíes han establecido todo un lenguaje simbólico relacionado con la perla. En este lenguaje, el término perla se cita usualmente junto a varios otros motivos típicos, como la tierra firme, el océano y la lluvia, y más frecuentemente, la ostra y el buscador de perlas. La creación del lenguaje simbólico usado en la poesía sufí se basa en una tradición simbolista «homogénea», «basada en una terminología simbólica precisa» (Lewisohn 1989, p. 179). El símbolo poético es la destilación, la articulación del conocimiento intuitivo del corazón. El símbolo (*surat*), como vehículo de su significado (*ma'nā*), nunca se selecciona por capricho de una persona, sino que es «comunicado» por la visión de aquello a lo que se abre. La perla, una joya en el interior de la concha exterior, es uno de los símbolos a la vez más simples y más perfectos de lo valioso oculto en el interior y de la perfección, y esto hace de ella un vehículo ideal para expresar la doctrina sufí.

En las obras de Mahmud Shabestari (m. 720/1320) y de ʿAlāl al-Dīn Rūmī (m. 672/1273), la perla se convierte en un bello elemento para expresar profundas verdades espirituales. En su obra clásica *Golsban-e rāz* (*La rosale-*

da secreta), escrita en 717/1317, Shabestari habla directamente de las dimensiones simbólicas y metafísicas de la perla y del buscador de perlas. Las grandes obras de Rūmī están repletas de referencias a la ostra y a la perla y, juntas, ambas dibujan una imagen vívida del simbolismo sufí de la perla. En las páginas siguientes hablaremos de este simbolismo, buscando un entendimiento de lo que significa «convertirse en perla», en palabras de 'Attār.

La ostra y la gota de agua

En el *Golsban-e rāz*, Shabestari discute la metafísica, el simbolismo y los aspectos de la senda sufí a través de una serie de respuestas a quince preguntas que le plantea un compañero sufí. La décima pregunta se refiere al significado de la perla:

*¿Cuál es ese mar cuya orilla es el habla?
¿Cuál esa perla ballada en sus profundidades?*

Shabestari responde:

*El Ser es el mar, el habla la orilla,
la concha las letras, la perla el conocimiento del corazón.*

(Shabestari 1978, vv. 562-3, p. 56)

Dicho esto, Shabestari se extiende sobre la relación entre la perla y el «conocimiento del corazón» por medio de un ejemplo: la génesis de la perla en las ostras del mar de Omán. Shabestari, en sus versos, vuelve a contar de un modo muy efectista esta fábula tradicional, y evoca la tranquila belleza del mar, y la maravillosa interacción



entre las ostras y la lluvia que cae. Al caer la lluvia de primavera en alta mar, en algún lugar en sus profundidades, pequeñas ostras se elevan del fondo y viajan a la superficie. En la superficie reciben, con «la boca abierta», una gota de lluvia, y tras volver al fondo del mar, la transforman en perla.

La primera parte del cuento de Shabestari se relaciona con el significado metafísico de la ostra y cómo ésta consigue la perla, la segunda parte se centra en el buscador de perlas. No sólo debe el buscador de perlas bucear en las profundidades del océano, sino que debe además romper la concha para abrirla y obtener la perla. Desde cierto punto de vista, las dos partes reflejan los dos aspectos complementarios del descenso espiritual (*tanẓil*) y del retorno espiritual (*ta'wīl*). Desde otro, la ostra y el buceador se refieren a los viajeros en la Senda sufí (*tariqat*) y a aquellos aspectos del ascenso espiritual y de la iniciación que tienen lugar en ella.

En el ciclo del descenso y el retorno, la génesis de la perla ilustra los conceptos de creación e interpretación en la poesía sufí. Como la ostra, el poeta tiene la capacidad de ser el que transmite al buscador de perlas las verdades espirituales del Cielo. Los movimientos de la ostra son los movimientos del gnóstico en la búsqueda de ese regalo del Cielo que es la luz del Ser. El poeta sufí es aquel que, como la ostra, convierte el fruto de la gnosis en un arte simbólico tangible. La ostra debe hacerse digna de recibir este regalo. Pues, como dice Shabestari: «La perla de los misterios no se encuentra en todos los recipientes» (Shabestari 1978, v 54, p. 5). La perla la obtienen sólo aquellas ostras que han ascendido por la escala del viaje espiritual. El sufí, como la ostra, debe efectuar un cambio en sí mismo mediante la disciplina espiritual, que es también un ascenso vertical por el cosmos. Esto se refleja simbólicamente en el viaje de la ostra desde las oscuras profundidades del mar a la luminosidad de su brillante superficie.

A pesar de habitar en un mundo acuático, la ostra tiene sed, y añora beber las aguas puras que sólo pue-

den venir del Cielo. Aquí, nos hallamos ante un aspecto importante del simbolismo relacionado con el agua. Se contraponen aquí dos tipos de agua: el agua inferior, salobre, de la tierra y el agua superior, inmaculada, que tiene su origen en el Cielo. En la tierra, toda el agua está fluyendo, y se evapora finalmente para volver a su fuente. Como fuente de esa vida renovada otorgada por Dios a la tierra, la lluvia se equipara a la revelación. Como apunta Martín Lings: «En el Qorán las ideas de Misericordia y de agua —la lluvia en particular— son de alguna manera inseparables. Junto a ellas debemos incluir la idea de Revelación (*tanẓil*), que significa literalmente “enviar hacia abajo”» (Lings 1991, p. 67). El agua de lluvia, limpia las impurezas a la vez que otorga una nueva vida. Desde otro punto de vista, el agua salada del océano es símbolo de lo exotérico a través de lo cual se debe viajar para alcanzar lo esotérico, la gota de lluvia (Ibíd., pp. 75-76).² Y finalmente, la lluvia es símbolo de la Gnosis, ese conocimiento que transforma y regenera la existencia misma de la ostra. Comentando el versículo, *Él hizo bajar agua desde el cielo, para inundar los valles, cada uno de acuerdo con su capacidad* (Qo 13,17), Qazzāli escribe: «Los comentarios nos dicen que el agua es la Gnosis y que los valles son los corazones» (Ibíd., p. 68).³ Símbolo de revelación y de conocimiento, Shabestari equipara la lluvia con el conocimiento de los Nombres divinos:

*De Dios en cada uno
hay una parte, un regusto,
origen y retorno de cada uno
es un Nombre divino.
En ese Nombre cada criatura tiene su ser,
a ese Nombre siempre alaba.*
(Shabestari 1978, vv. 278-279, p. 28)

Cada gota de agua es un Nombre distinto, pero es también el Ser divino presente en su totalidad en cada una; lo Divino no es fragmentario. Shabestari escribe:

*Si hiendes el corazón de una gota de agua
cien océanos puros emergerán de él.*
(Ibíd., v. 146, p. 15)

Cuando la ostra alcanza con éxito la superficie, se encuentra en otro mundo. Se trata del reino de lo imaginario (*'ālam-e mesāl*), el lugar de la materia sutil y de la transformación alquímica, en el cual la gota de lluvia es una perla y la perla es una gota de lluvia. Aquí las realidades arquetípicas toman una forma sutil y llegan a ser visibles para el intelecto (*'aql*) capaz de discernir del gnóstico. Para recibir ese conocimiento se debe estar abierto al Cielo; como la ostra que debe «abrir la boca» para recibir la lluvia, y por ello dice Shabestari al viajero:

*Ve y limpia el espacio de tu corazón,
para que el ángel pueda habitar contigo.*
(Ibíd., v. 594, p. 59)

La perla no es simplemente una «creación» de la propia ostra, sino que es la creación de Dios mediante la ostra. La perla pertenece a lo que Ibn 'Arabi —cuyos escritos místicos fueron de central importancia para Shabestari— define como «creación teofánica». Henry Corbin, refiriéndose a la doctrina de Ibn 'Arabi de la creación teofánica, afirma:

Podríamos decir no sólo que el místico crea [es decir, es la causa de] aquello que existía ya en el mundo del Misterio [la lluvia] para que se manifieste en el mundo sensible [bajo forma de perla], sino además que Dios creó este efecto mediante él. (Corbin 1969, p. 228)

Este encuentro místico implica una dialéctica entre la lluvia y la ostra. El movimiento de la ostra para recibir su gota de lluvia es como la «oración del heliotropo» que es llevado a seguir al sol siguiendo una «atracción recíproca y simultánea entre el ser manifestado y su príncipe celestial» (Ibíd., p. 106). La creación de la perla se basa en una *unio sympathetica*, entre la gota de agua y la ostra, entre el Nombre divino (el Señor revelado, el ángel del siervo) y el siervo mismo, por el cual y en el cual el Señor se hace visible (como perla). Así, ascender con la ostra, como el poeta, es tan sólo un vehículo, una caña hecha hueca para resonar con la música de Dios. Rumi escribe:

*¡Estate callado! Mas ¿qué puedo hacer?
la lluvia llegó, y no soy sino un canalón.*

(Chittick 1983, p. 271, *Diván* 29280)

Una vez que la ostra ha recibido la gota de lluvia, desciende de nuevo al mundo formal de los objetos en el fondo del océano. Este descenso espiritual (*tanzil*) representa también el proceso de aspiración espiritual de la ostra, que como un artista da cuerpo objetivo a las visiones espirituales del

sis de los dos principios alquímicos opuestos de calor-expansión-fijación y frío-contracción-solución. La perla es símbolo de integración. Es ese cuerpo transformado en espíritu, y ese espíritu transformado en cuerpo.

Dentro de su ostra, la perla es el símbolo del «Tesoro escondido», ansioso por ser revelado. Desde un punto de vista puramente fenoménico, la perla aparece como una joya dentro de una concha y es así la quintaesen-

a la «caña melancólica», que debe ser cortada para convertirse en el instrumento (flauta) por el cual Dios llega a conocerse a Sí mismo. Pues si el agua del océano no se elevara hacia el cielo, no habría perlas. Y Rumi escribe: «La gota que dejó su hogar, el mar, y retornó / halló una ostra esperándola y se convirtió en perla» (Schimmel 1992, p. 159). Como el junco, la perla anhela que la descubran para poder retornar a su fuente.



corazón, un proceso mediante el cual la gota de lluvia se convierte en perla. Este encuentro también ilustra la naturaleza transformadora de la visión espiritual. La luz de la gnosis es la de un conocimiento que transforma el ser mismo del gnóstico. La ostra se ha transformado y lleva ahora un corazón de luz.

Debemos también señalar que la perla, como fruto de la transformación gnóstica, está relacionada con la ciencia tradicional de la alquimia. Entre los alquimistas europeos, uno de los nombres de la piedra filosófica era *margarita pretiosa*, la perla preciosa. Según las creencias islámicas tradicionales, la perla es el producto de la conjunción del fuego y el agua (Cirlot 1962, p. 251). Es la síntesis

del tesoro oculto. Rumi escribe:

Hemos colocado estas perlas y estos frutos en tu tesoro y ni tú mismo tenías conocimiento de ello. Estaban escondidas en nuestro Conocimiento oculto. Antes de cobrar existencia, las cualidades y las bellezas que veis hoy en vosotros fueron perlas en el Océano invisible, ansiosas por entrar en los tesoros de los habitantes de la tierra firme. (*Mafáles-e sab'ab* 28, Chittick 1983, p. 200)

Se describe aquí el proceso completo de la teofanía de los Nombres divinos, desde la esencia preeterna de la perla, a su ocultamiento y su anhelo por ser descubierta (retornada) por su siervo. Rumi describe la gota de agua/perla en términos similares

El buscador de perlas

La segunda parte del cuento de Shabestari de la perla y la ostra se refiere a este «regreso» de la perla gracias al buscador de perlas. Shabestari describe aquí el proceso que el buceador debe seguir si quiere tener acceso a la perla. Para poder conseguir la perla, el buscador debe hacer a la inversa el proceso de la ostra: debe bucear hasta las profundidades, volver con la ostra a la superficie, y abrir entonces la concha. Desde cierto punto de vista, esta actuación a la inversa, esta penetración desde fuera hacia adentro puede entenderse como el *ta'wil*, la hermenéutica espiritual. Del mismo modo en que la gota de lluvia y la vuelta de la ostra a su lecho en el fondo del mar represen-

taban el descenso espiritual, *tanzil*, la recuperación de la ostra por el buceador representa su regreso, *ta'wil*. Esto nos recuerda el famoso aforismo del hermetismo: «Lo que está abajo es como lo que está arriba». La perla es el fruto del encuentro espiritual más elevado, pero debe ser encontrada en el lugar más bajo, en el fondo del océano. La tarea del buscador es de interiorización. Su tarea es devolver la perla a la superficie, pero al hacerlo debe «entrar para salir». El *ma'nā* (significado) se revela al penetrar en el *surat* (símbolo). El buceador, como contemplador de lo sagrado, debe pues penetrar en el objeto desde fuera. La ostra es como un *mandala*: pasando por sus niveles más externos se llega a su centro, que es en definitiva la meta y la salida.

El simbolismo del buscador de perlas es también una forma profunda de expresar el viaje del adepto sufí por la Senda. La búsqueda de la perla es la búsqueda del intelecto. En palabras de Shabestari:

El buceador en este vasto mar es el intelecto que tiene cien perlas envueltas en su ropa. El corazón es para el conocimiento como un recipiente, la concha del conocimiento del corazón son la palabra y las letras.
(Shabestari 1978, vv. 575-576, p. 57)

El buscador de perlas representa el intelecto, el conocimiento del corazón, mientras que la tierra firme es el símbolo del cuerpo. El proceso de bucear se refiere a la gnosis, que desarrolla el conocimiento del corazón, que Shabestari opone a los actos del cuerpo y al conocimiento superficial:

Un acto que procede de los bellos "estados" del corazón es mucho mejor que este mero conocimiento de la "palabra".
(Shabestari 1978, vv. 585, p. 58)

Aquellos que confían en «el conocimiento de la palabra» (las ciencias discursivas, teóricas) están lejos de los gnósticos que persiguen el «conocimiento del corazón», porque les falta la visión iluminativa directa de los gnósticos. Estos seguidores de la «palabra» nunca llegan a aproximarse

a la perla; permanecen buscándola a tientas, sin esperanza alguna, en la superficie del agua. Como escribe Rumi:

Aunque esa persona saque cien mil baldes de agua del mar, no encontrará la perla. Se necesita un buceador de aguas profundas para descubrir la perla, y no un buceador cualquiera, sino uno que sea hábil y tenga suerte. Las artes y las ciencias son como sacar agua del mar con cubos; encontrar la perla es otra cosa. (Nasr 1968, p. 352)

Para encontrar la perla se debe ser un buceador. La imagen de bucear en el mar tiene un componente de iniciativa. El buceador, al igual que el sufí, debe dejar su casa en tierra firme —el reino de los asuntos mundanales— y someterse a un sistema riguroso de disciplina espiritual siguiendo las instrucciones de un maestro. El buceo nos recuerda que ese conocimiento tiene una dimensión vertical e interior. Bucear requiere una gran concentración: resistencia física y control de la respiración así como control de la mente sobre las propias reacciones instintivas y los miedos. El oficio del buscador de perlas es un oficio peligroso, un trabajo duro y lleno de incertidumbre. Los buceadores tradicionales solían trabajar en parejas (Moon 1987). El buceador debía ir siempre acompañado por otra persona que permanecía en el bote y sujetaba al buceador con una cuerda de seguridad. Pasado un tiempo, el que estaba en el bote tiraba del buceador hacia la superficie y lo devolvía al bote con las ostras recogidas. Lo mismo hace el aspirante a sufí, dirigido por su maestro en sus dificultades y sus trabajos. Y un viajero sin maestro es como un buceador sin cuerda de seguridad.

Rompiendo la concha

Una vez que se consigue la ostra, hallamos otros significados simbólicos relacionados con la ruptura de la concha de la ostra para encontrar la perla. Shabestari dice que la concha de la ostra pertenece a lo exotérico y lo formal: «diccionario, etimología, sintaxis y accidente» (Shabestari 1978, v. 579, p. 58). Advierte de que no se malgaste la vida en esta «cáscara

seca». Pero la concha también sirve a una función vital. La religión esotérica debe operar dentro de la esfera de lo exotérico. En el mundo sensible, el *ma'nā* sólo puede encontrarse a través del *surat*. Shabestari, por ello, escribe:

No encuentra la almendra quien no rompe la cáscara. Sí, ciertamente, sin cáscara la almendra no madura, pero, lo bello del conocimiento externo es la gnosis en su seno.
(Ibíd., vv. 581-2)

La concha de la ostra se refiere al cuerpo exterior, dentro del cual se encuentra la perla, que es lo más íntimo del corazón, el centro psico-espiritual del ser humano. La ostra y su perla es un símbolo excepcionalmente vívido de esta relación, pues en el nivel físico, la perla es esa recompensa que se halla dentro de un animal. La concha es el velo del ego, el *nafs* animal, que impide a la perla transmitir y recibir la luz de la gnosis. Romper la concha es anonadarse a sí mismo mediante el rigor y la disciplina de la pobreza espiritual. Sólo matando a la ostra se consigue la perla. Citando nuevamente a Rumi:

El Océano de pureza me dijo: «No alcanzarás tu deseo sin pagar por ello: en ti se halla una perla preciosa, rompe la concha». (Chittick 1983, p. 303, Rumi *Divan* 19859)

La ruptura de la concha es el acto final del sufí, por el cual alcanza el objetivo del anonadamiento (*fanā*) de su ser y de la subsistencia (*baqā*) en el Ser. La perla significa la vida regenerada de aquel que ha muerto antes de morir; mediante esta muerte se renace como perla. Esto nos recuerda las palabras de Hallāy: «Matadme, amigos fieles, pues en mi martirio está mi vida / mi muerte está en mi vida y mi vida en mi muerte». Rumi escribe:

Una vez que te han liberado de esa jaula, tu casa será la rosaleda, una vez que hayas roto la concha, morir será como la perla.
(Ibíd., p. 186, *Diwān* 21478)

Rumi advierte además al viajero que lo que se debe buscar no es la

perla en sí, sino el principio de la perla, aquello por lo cual ésta brilla.

Sea cual sea la perla que veas, ¡busca otra en su interior! Cada joya te dice: «¡No te des por satisfecho con mi belleza, pues la luz en mi cara proviene de la vela de mi consciencia!» (Ibíd., p. 344, *Diván* 1424-1425)

La perla refleja esa luz que emana del rostro de lo Divino. El sufí que ha roto la concha de su ego se convierte en perla, en ser de luz. El que se hace completamente transparente se convierte en espejo de Dios. Este es el propósito del *baqá'*, la subsistencia en Dios. Rumi escribe:

*Mi corazón es una ostra,
la imagen del Amigo su perla,
pero incluso así no estoy delimitado,
pues esa casa está llena de Él.*
(Ibíd., p. 264, *Diván* 6098)

La perla

Nuestro último punto será discutir qué significa la perla en sí misma y por lo tanto qué significa «llegar a ser perla». La perla es un símbolo fundamental de perfección cosmológica, tanto en su forma como en su color. Como símbolo de perfección, la perla representa las doctrinas sufíes de la unidad del Ser (*vahdat-e wojud*) y del Hombre universal (*ensán-e kamel*). Por su forma, la perla es una esfera, que corresponde al arquetipo de la Unidad. Ser una perla es estar más allá de toda dualidad, ser Uno. En el pensamiento islámico, la perla se identifica también con el andrógino, el «“hombre esférico” a la vez primordial y final» (Ciriot 1962, p. 251). Ser perla es recuperar la propia identidad primordial, alcanzar la perfección, convertirse en espejo de Dios.

Del mismo modo en que el Hombre universal, el arquetipo del cosmos, contiene en sí todas «las ideas» platónicas, el gnóstico, que ha realizado su unidad interior con su arquetipo, se convierte en el espejo en el que Dios contempla sus propios Nombres y Cualidades. (Nasr 1968, p. 347)

La segunda característica llamativa de la perla es su brillo lechoso, luminoso. La perla es blanca, que es el color de la unidad y de la perfección. Ardalan y Bakhtiar escriben:

El blanco es la integración de todos los colores, puro e inmaculado. En su estado no manifestado es el color de la Luz pura antes de la individualización, antes de que el uno se convierta en múltiple. La Luz, que se ve simbólicamente como blanca, desciende desde el sol y simboliza la unidad. (Ardalan y Bakhtiar 1973, p. 48)

Convertirse en perla es ser pura luz, absorbo en la Unión divina. Como símbolo de la realización suprema en la senda sufí, la perla se identifica también con el Profeta, al que Rumi llama «la perla maravillosa, única» (Chittick 1983, p. 75, *Masnavi* IV 3445). Pues, de acuerdo con la doctrina sufí, la realidad íntima del Profeta es la Luz mohammadiana (*al-nur al-mohammadi*), el Logos y el arquetipo del cosmos, que ilumina y sustenta la creación entera (Nasr 1968, p. 340). Como símbolo de la Unidad y la Perfección, la perla brilla con la luz del Profeta.

Vemos pues que en su nivel más elevado, la perla viene a simbolizar la unidad del Ser y el Hombre universal. La perla representa la aspiración más elevada de las ostras, de los buceadores, y de todos los viajeros de la Senda. En la poesía de Shabestari y de Rumi se nos revela el secreto de las ostras de Omán; se señala al buceador el lecho del mar en que se halla la ostra. Encontrar la ostra, abrir su concha y convertirse finalmente en perla, es el trabajo en la vida del buceador. Hemos visto que esa búsqueda es en sí peligrosa y llena de incertidumbre. Sin embargo el buceador es sujetado por su guía en la barca, y si tiene devoción, puede conseguirlo. Pero antes de que el buscador pueda participar de la belleza de la perla, debe penetrar y romper la concha de su ego, y anonadar su yo. Hecho esto, el buceador desaparece y sólo queda la perla, brillante y perfecta. El verdadero buscador, como la ostra verdadera, sólo tiene un propósito: la perla. Sin perla, buceador y ostra no tienen nada. Como escribe Rumi:

*La peor de todas las muertes es estar sin Amor.
¿Por qué tiembla la ostra? Por la perla.*

(Chittick 1983, p. 213, *Diván* 13297)



Notas

- 1.- Para una visión global del simbolismo de la perla en la historia de la religión, ver Mírcea Eliade (1991), sección IV.
- 2.- Lings señala la distinción islámica entre Moisés, el profeta de lo exotérico, la Ley, identificado con el Mar Muerto y con el agua salada, y Jezr, el profeta de lo esotérico y de las «aguas de la Vida».
- 3.- Cita del *Mesbkāt al-amvār* de Qazzāli.

Referencias

- Ardalan, N. y Bakhtiar, L. (1973). *The Sense of Unity: The Sufi Tradition in Persian Architecture*, Chicago: University of Chicago Press.
- Chittick, W. (1983). *The Sufi Path of Love: The Spiritual Teachings of Rumi*, Albany: SUNY Press.
- Ciriot, J. E. (1962). *A Dictionary of Symbols*, 2ª ed., J. Sage (trad), Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Corbin, H. (1969). *Creative Imagination in the Sufism of Ibn Arabi*, R. Manheim (trad), Princeton: Princeton University Press.
- Eliade, M. (1991). *Images and Symbols: Studies in Religious Symbolism*, P. Mairet (trad), Princeton: Princeton University Press.
- Lewisohn, L. (1989). «Shabestari's Garden of Mysteries: The Aesthetics and Hermeneutics of Sufi Poetry» en *Temenos: A Review Dedicated to the Arts of the Imagination*, vol. 10:177-207.
- (1992). «The Transcendental Unity of Polytheism and Monotheism in the Sufism of Shabestari» en *The Legacy of Medieval Persian Sufism*, Londres: KNP.
- Lings, M. (1991). *Symbol and Archetype*, Cambridge: Quinta Essentia.
- Moon, B. (1987). «The Pearl» in *The Encyclopedia of Religion*, M. Eliade (trad).
- Nasr, S. H. (1968). *Science and Civilization in Islam*, Cambridge: Harvard University Press.
- Schimmel, A. (1992). *I Am Wind You Are Fire: The Life and Work of Rumi*, Boston: Shambala.
- (1975). *Mystical Dimensions of Islam*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Shabestari. (1978). *Golshan-e Raż (The Mystic Rose Garden)*, E. H. Whinfield (trad.), Islamabad: Iran-Pakistan Institute of Persian Studies.